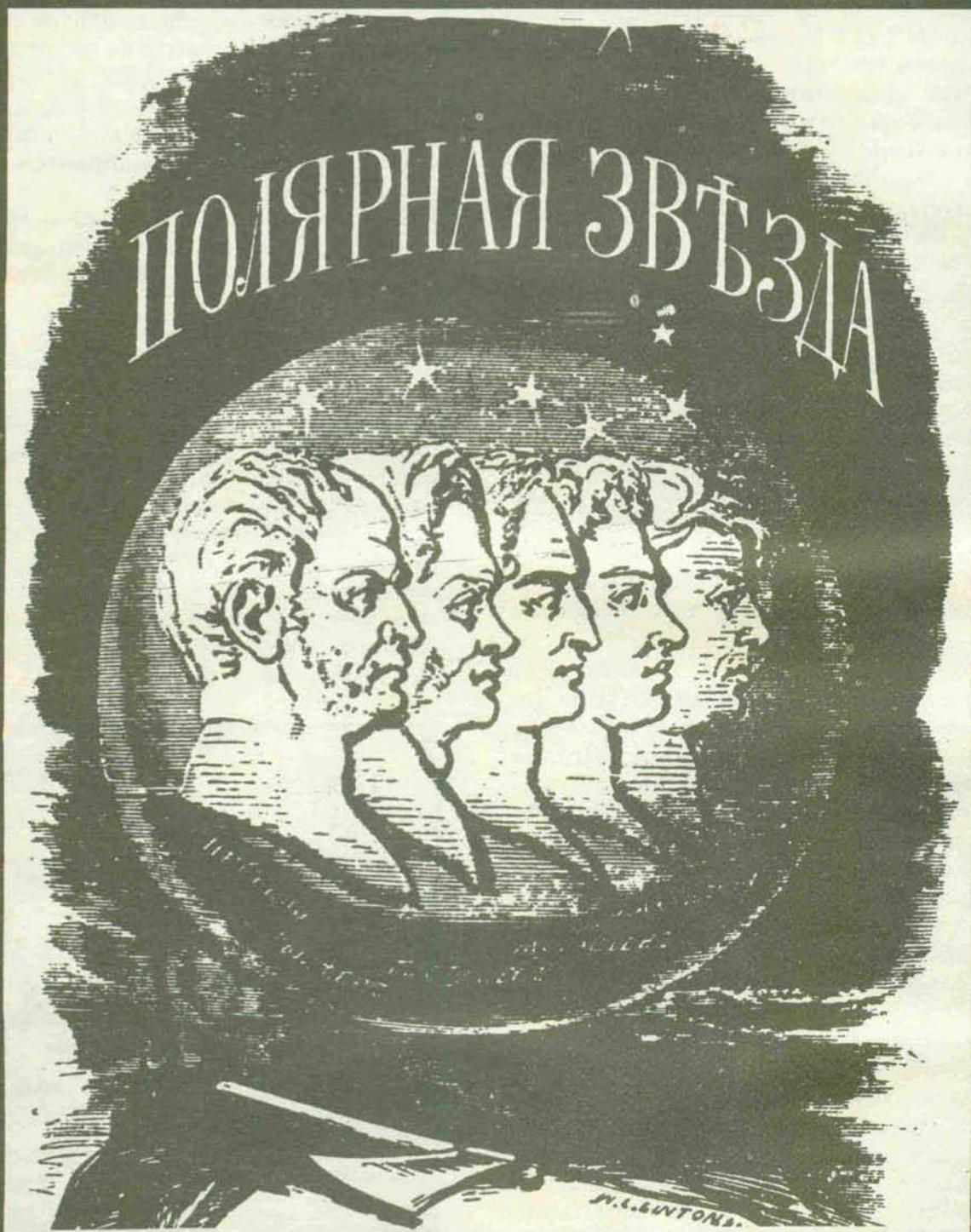


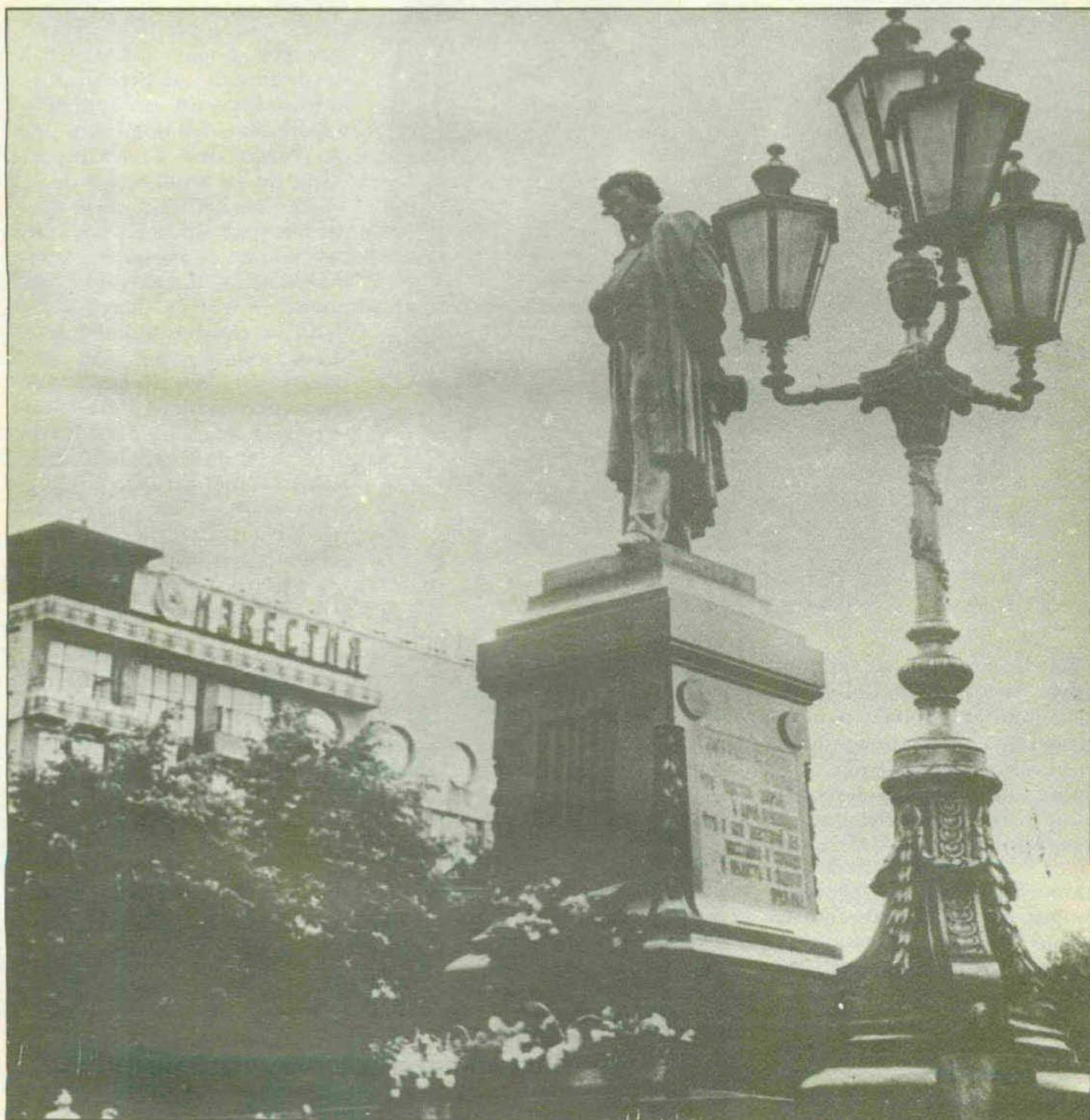
1917: Los novelistas rusos ante la Revolución



Portada de la revista de Herzen «La Estrella Polar», publicada anualmente por su Prensa Libre Rusa en Londres (1855-62), y en Ginebra en 1869. En el centro se ven las cabezas de los cinco cabecillas decembristas que fueron ahorcados el 25 de julio de 1826.

José María Solé Mariño

L OS efectos del cambio violento que en la trayectoria de la revolución de marzo supuso el acceso al poder del partido bolchevique en octubre de 1917 se muestran de forma bien palpable en la actitud manifestada por los escritores rusos ante el vuelco de la situación. El cambio de régimen encabezado por los socialdemócratas de Kerenski pareció agradar en un primer momento a todas aquellas fuerzas de la **intelligentsia** que tradicionalmente habían venido oponiéndose al sistema autocrático encarnado en la persona de Nicolás II.



Plaza de Pushkin, en Moscú.

Nicolás I,
Zar de Rusia de
1825 a 1855.



sado siglo, seguidos más tarde en su desgracia por el joven Dostoievski y Turguenev, Herzen y Chernishevski, finalizando con Korolenko y Gorki, entre los nombres conocidos, aparte la gran cantidad de literatos menores que precisamente por esa cualidad nunca han sido recordados individualmente. Ante la existencia de una recia censura y del peligro que suponía la expresión directa de cualquier tipo de idea política o social opuesta a las mantenidas desde el poder, la literatura se había convertido en un medio de difusión ideológica, y por esa razón una parte importante de la producción de la época más brillante de la literatura rusa aparece hoy tan cargada de connotaciones sociales hasta un extremo que puede llegar a sorprender dada la combatividad que a veces manifiestan. Sin embargo, en las décadas que transcurren entre 1850 y 1880, es tan alta la calidad media de los productos literarios que admiten incluso esta directísima intromisión de la política en la labor de ficción. Y los escritores, a través de las publicaciones periódicas en las que iban dando a conocer sus

El enraizado antagonismo que se había venido manteniendo entre el régimen zarista, por una parte, y la clase intelectual, por otra, había sido la causa de continuados ataques particulares y generales por parte del Estado contra la actividad literaria y había facilitado el procesamiento y destierro de figuras como Pushkin y Lermontov, ya en los años veinte del pa-



Retrato de Nikolái Gogol, por F. Moller (1841), que se conserva en el Museo Nacional de Literatura de Moscú.

obras, no cesaban de lanzar ataques más o menos disimulados contra el sistema zarista, que a finales de siglo había comenzado, sin sospecharlo, a vivir sus últimos momentos.

Sin embargo, es necesario hacer notar que la carga política que la literatura rusa en general y la novela en particular habían poseído durante el XIX había llegado a convertirse a principios de este siglo en un factor casi negativo. La intencionalidad política directa que los escritores expresaban en sus obras se hacía visible ahora a través de un burdo panfletismo en la mayor parte de los casos, y por esta razón había perdido su antiguo valor. Una ingente cantidad de poemas y novelas se sucedían, ante la imposibilidad de publicar ensayos o folletos, destinadas a la mentalización de la masa lectora, intentando provocar un cambio en la situación por medio de planteamientos teóricos que no pocas veces alcanzaban el rango del absurdo.

LOS SUCESORES DE LA GRAN NOVELA RUSA

El enfrentamiento entre eslavófilos y occidentalistas que durante decenios había dividido en dos campos antagónicos a la clase ilustrada rusa había sido prácticamente superado a la llegada del siglo XX. Ahora es el **populismo**, el acercamiento al pueblo, el que domina la situación en los medios intelectuales. Esta valoración de las clases populares, representadas todas ellas idealmente por el vasto campesinado al que ni la abolición de la esclavitud había liberado de la miseria, sino todo lo contrario, dará lugar a la aparición de los primeros partidos socialistas, en la clandestinidad, por supuesto, que no tardarán en enfren-



Alejandro II,
Zar de Rusia de
1855 a 1881.

tarse a los movimientos marxistas, tanto en la forma de lucha política como en la idea general de la revolución, hasta la que —según los socialistas— se llegaría una vez atravesadas todas las etapas intermedias del desarrollo capitalista, y no directamente como propugnaban los marxistas. Va a ser esta contradicción existente en el seno de la oposición al zarismo la que va a motivar llegado el momento revolucionario de octubre el apartamiento de muchas personas que aparentemente de-

berían ser afectas al radical cambio que en ese instante dio comienzo por haber estado actuando en la oposición hasta ese momento. Es precisamente la postura populista-socialista la que marca la ideología de una parte importante de los escritores progresistas y será la causa de su resistencia activa o por lo menos a su negativa a colaborar con el régimen nacido tras las jornadas de Petrogrado.

Es la novela el género escogido para definir la posición real de la **intelligentsia** ante

el cambio, debido a ser el de mayor prestigio en una literatura breve en el tiempo, pero poseedora de notas decisivas para el desarrollo de la cultura europea. Casi sin antecedentes ni tradición, saliendo prácticamente de la nada y desarrollándose perfectamente en muy pocos años, la novela rusa clásica constituye uno de los fenómenos menos susceptibles de una explicación lógica o superficial. Ni las características del momento sociopolítico ni las influencias que pudiera haber recibido para ayudar a su nacimiento y expansión, son bases suficientemente válidas a la hora de intentar entender este fenómeno que en un espacio de cuatro décadas hizo posible la creación de obras de tanta calidad e influencia posterior en todas las literaturas. Ciñéndonos al plano ideológico, en el momento en que la novela rusa alcanza su mayor esplendor, esto es, en vida de los grandes escritores, éstos determinan en cierto modo la mente de sus seguidores, aunque en realidad ninguno de los grandes maestros pudo arrogarse un protagonismo político directo, ya que su ideología no se definía precisamente por su progresismo, sino más bien por un conservadurismo velado en ocasiones y en otras evidente. Son las capas medias de la intelectualidad las que dan las notas definitorias de la clase ilustrada como ariete combativo contra las estructuras del Imperio autoritario.

Al mesianismo reaccionario que siguió al original revolucionarismo de Dostoievski, y a las personales y doctrinales teorías de Tolstoi, que junto con el tradicionalismo teñido de un cierto liberalismo europeo muy de la época que había definido la trayectoria de Turguenev, que habían determinado la postura social de

la más alta literatura rusa del momento, sigue el tenue renovacionismo de un Chejov, que utilizando una sátira amarga o un humor dulce, hace justas descripciones de la hora en que le ha tocado vivir.

CHEJOV, UNA VISION AMBIGUA Y PREMONITORIA

Junto a una postura personal ambigua acerca de los movimientos progresistas, destaca en su obra el presentimiento de un cambio total que está presente a lo largo de toda su producción. Varios de sus personajes creen adivinar entre el melancólico tedio de la oscura vida de las postrimerías de siglo un futuro más justo y racional, incluso más lleno de belleza. En efecto, la perspicacia de Chejov, que a su afición a las letras unía la frialdad crítica de su profesión médica, no podía dejar de observar el general ambiente de decadencia y descomposición que se había adueñado de la Rusia prerrevolucionaria, creando una especie de compás de espera ante la inevitabilidad de unos hechos que iban a producirse debido a unas circunstancias concretas que existían y los hicieron posibles.

Así, para los aficionados a las premoniciones no puede haber nada más justificativo para su forma de pensar que esa **terrible tormenta** que Chejov pone en boca de varios de los personajes de sus obras más significativas y que será preludio del establecimiento de un nuevo orden más justo y feliz. Naturalmente, no es difícil identificar la **tormenta** previa y necesaria con la revolución, y el tiempo feliz con lo que se supuso sería la vida rusa una vez derrocado el despotismo trasnochado de los zares. Se puede así hablar con

propiedad de un cierto milenarismo inscrito en una zona concreta de la literatura rusa inmediatamente anterior a mil novecientos diecisiete.

EL AÑO MIL NOVECIENTOS CINCO

Un hecho concreto vino a engendrar una toma de posición casi general entre los escritores rusos del momento: el sangriento aplastamiento de la denominada revolución de enero de mil novecientos cinco. La indignación producida por la crueldad con que las fuerzas de seguridad atropellaron a los pacíficos manifestantes ante el palacio de Invierno y la atroz represión muchas veces *indiscriminada* que se extendió por todo el país unió a los escritores en su protesta contra un régimen que no sólo había ordenado la absurda matanza, sino que había creado un estado de cosas ya irreversible que le conducía hacia un callejón sin salida. Los sucesos de mil novecientos cinco desataron un torrente de producción literaria en todas las formas posibles, novelas, poemas, panfletos, en los que los miembros de la **intelligentsia** atacaban en base a planteamientos políticos o humanitarios las caducas instituciones del inmenso Imperio.

El viejo León Tolstoi encabeza la protesta y escribe uno de aquellos folletos que en su ancianidad prodigaba sin pausa. El grito tolstoiano de **No puedo callar** encuentra rápido eco en los novelistas menores. El decadente y morboso Andreiev une su airada crítica a la del viejo y prestigioso revolucionario Korolenko, e incluso Merejkovski, sumido en sus estudios filosófico-religiosos, no se contiene y lanza su acusación contra el autócrata, acompañándola de un claro



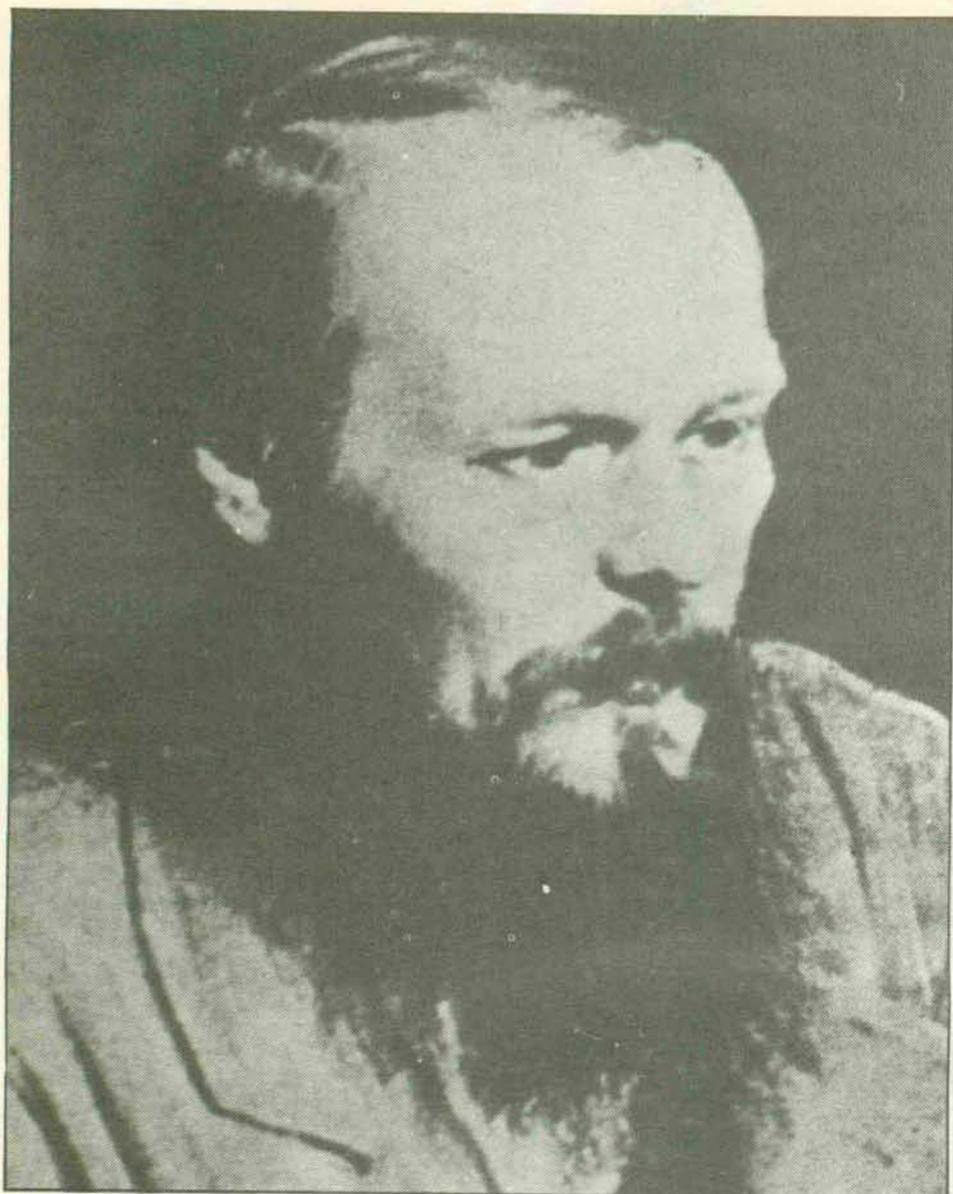
El monumento a Lermontov, en Moscú.

viraje hacia la izquierda, que no abandonará hasta que los acontecimientos de octubre del diecisiete le hagan recaer en su original conservadurismo.

Pero va a ser Máximo Gorki, el eterno vagabundo y revolucionario de siempre, el que va a dar el aldabonazo a nivel mundial en esta ocasión. Como consecuencia de la publicación de un manifiesto en el que atacaba duramente al zar y a su camarilla como causantes de las circunstancias que hicieron posible la matanza, el ya célebre escritor es encerrado en la fortaleza petersburguesa de Pedro y Pablo, que ya conocía los tormentos de algunos valores de las letras rusas desde que Dostoievski y Chernishevski conocieron los rigores del encierro entre sus muros. Una oleada de protestas se eleva en todo el mundo civilizado ante el ataque que la prisión de Gorki significa para la libertad de expresión, logrando que al cabo de unos meses sea puesto en libertad y pueda abandonar el país. La publicación de su novela *La madre*, cuando Gorki se encuentra de nuevo en el exilio, supone una nueva contribución a la lucha revolucionaria activa que no ha abandonado desde su inicial toma de posición años atrás.

1905-1917: A LA ESPERA DE LA REVOLUCION

El respaldo de que las crecientes fuerzas partidarias del cambio dispone entre la minoría ilustrada va a ser encabezado ahora en el interior de Rusia por Korolenko, de antigua trayectoria populista, idealizador de las clases campesinas y poseedor de una vena humanitaria de gran consistencia. En mil novecientos diez, Korolenko com-



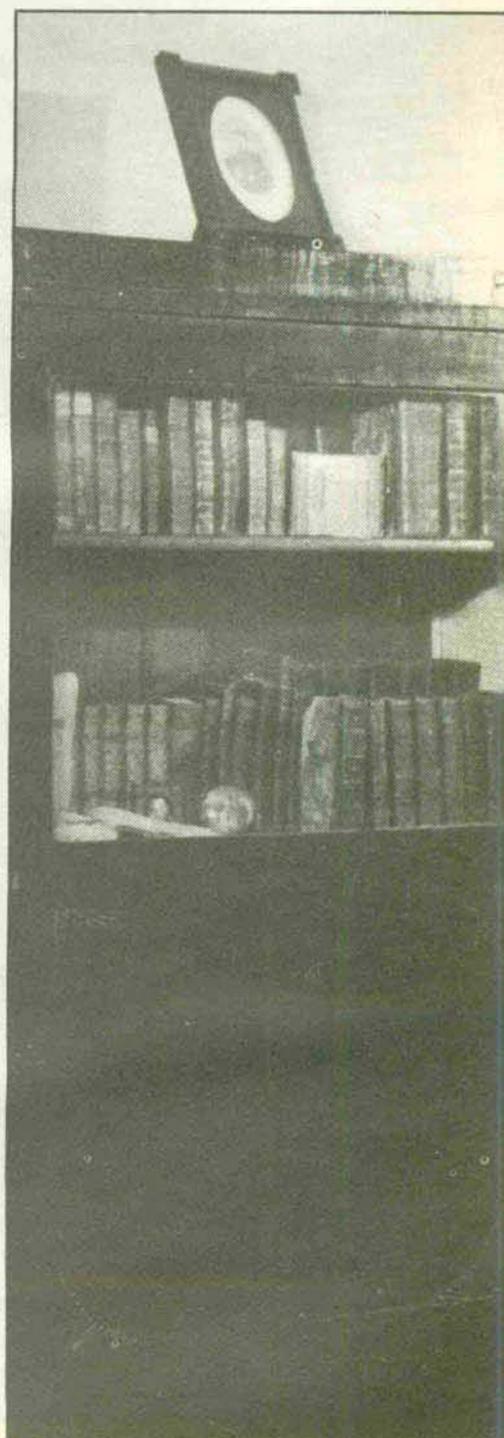
Fedor Dostoevski, cuadro de V. G. Perov.

bate la supervivencia de la pena de muerte en el ordenamiento jurídico ruso. Su conocimiento de las instalaciones carcelarias, que había sufrido en su propia carne durante sus años de prisión siberiana y que le habían llevado a escribir un dostoevskiano testimonio de su paso por ellas, le lleva con mayor conocimiento de causa que a sus demás colegas a apoyar las posturas reformistas, así como a condenar los **progroms** desencadenados contra las comunidades judías de las regiones del suroeste, que también provoca-

ron las enérgicas protestas del moralismo oficial de la Inglaterra victoriana y de la Francia de la Tercera República.

Entre las descripciones de la sordidez de la vida rusa de la época y de la corrupción reinante en todos sus niveles que llenan las páginas de los novelistas pertenecientes decididamente a la oposición política al zarismo, como Andreiev, Sologub o Kuprin, que desarrollan sus acciones en medio de sofocantes ambientes provincianos o capitalinos, prostibularios y tabernarios, por los que deambulan perso-

najes ambiguos y portadores de toda la malignidad humana, aparece destacando por sus temas completamente diferentes de éstos la obra de Iván Bunin, el ambivalente cantor de la Rusia tradicional y cosmopolita periodista internacional. Fiel seguidor de las teorías eslavistas y reaccionarias de Aksakov, Bunin advierte cómo el paso del tiempo va destruyendo los vestigios de la vieja civiliza-



Salón de la casa de Dostoevski, Moscú. (Casa-Museo de Dostoevski).

ción patriarcal y ataca al capitalismo como factor causante del cambio, mientras no puede ocultar su temor ante la incógnita fuerza de la masa campesina, siempre presente en el devenir histórico de Rusia y que ahora parece dar signos que anuncian su salida de un letargo secular. Es, quizá, debido a su prestigio personal la postura de Bunin la principal nota discordante en el panorama de la novelística rusa

ante la general posición de sus compañeros de letras que, más que añorar el pasado ya muerto, parecen esperar a un plazo corto de tiempo la tan deseada transformación. No será la deposición del zar en el mes de marzo y la subida al poder de la coalición encabezada por el partido socialdemócrata el punto concreto que va a definir posiciones ante el nuevo régimen. El asalto al poder por parte de los bolche-

viques en octubre logrará desencadenar una serie de reacciones entre los literatos que en ese momento sí se ven obligados a aclarar el lugar que ocupan en la nueva situación política.

TRES POSTURAS DIVERGENTES Y COMPLEMENTARIAS

Es en este momento cuando cabe aplicar el esquema



apuntado ya en otros lugares sobre las posturas adoptadas por los intelectuales ante el establecimiento de una dictadura. Posturas que se han repetido en circunstancias históricas separadas en el tiempo y en el espacio, pero unidas todas ellas por un determinante común: la imposición de un régimen autoritario implantado en contra de la voluntad de la mayoría de los que lo soportan.

Por una parte, se sitúan los intelectuales que, por verdadera honradez ideológica o por un evidente oportunismo, se unen al grupo que detenta el poder. En el lado contrario, se

hallan los disconformes, que se exilian a fin de conservar su libertad de expresión e incluso a veces su vida. Y, finalmente, en una posición intermedia y ciertamente muchísimo más difícil de sobrellevar para sus componentes que las anteriores, ya que no cuenta con los beneficios de todo tipo que obtienen los encuadrados en el primer apartado, ni goza de la seguridad física que tienen los pertenecientes al segundo, se encuentra el que se ha denominado **exilio interior**.

Los novelistas rusos acomodados en la primera situación ofrecen ya a simple vista una impresión concreta: la de su

baja calidad literaria, calificación de la que únicamente puede librarse un Alexis Tolstoi o un Andrei Bieli, nombres de gran calidad rodeados, sin embargo, por mediocridades como Muizhel, Teleskov o Serafimovitch, que acabarán convirtiéndose en meros burócratas del estalinismo encargados de la elaboración de panegíricos del régimen con unos aparentes ribetes literarios, lo cual no pasa en la mayor parte de los casos de una benévola suposición. Por lo general, los literatos afectos al sistema son personas relativamente jóvenes que no pertenecen, por tanto, a la vieja guardia de los revolucionarios y reformistas que llenan la vida intelectual rusa de las últimas décadas del siglo anterior. La mayoría de éstos, envejecidos o desengañados ante unos acontecimientos que superan negativamente a todo lo imaginado y que tienen un desarrollo opuesto por completo a lo que esperaban, se apartan de la realidad revolucionaria encarnada en los bolcheviques y se dividen entre los dos bloques restantes.

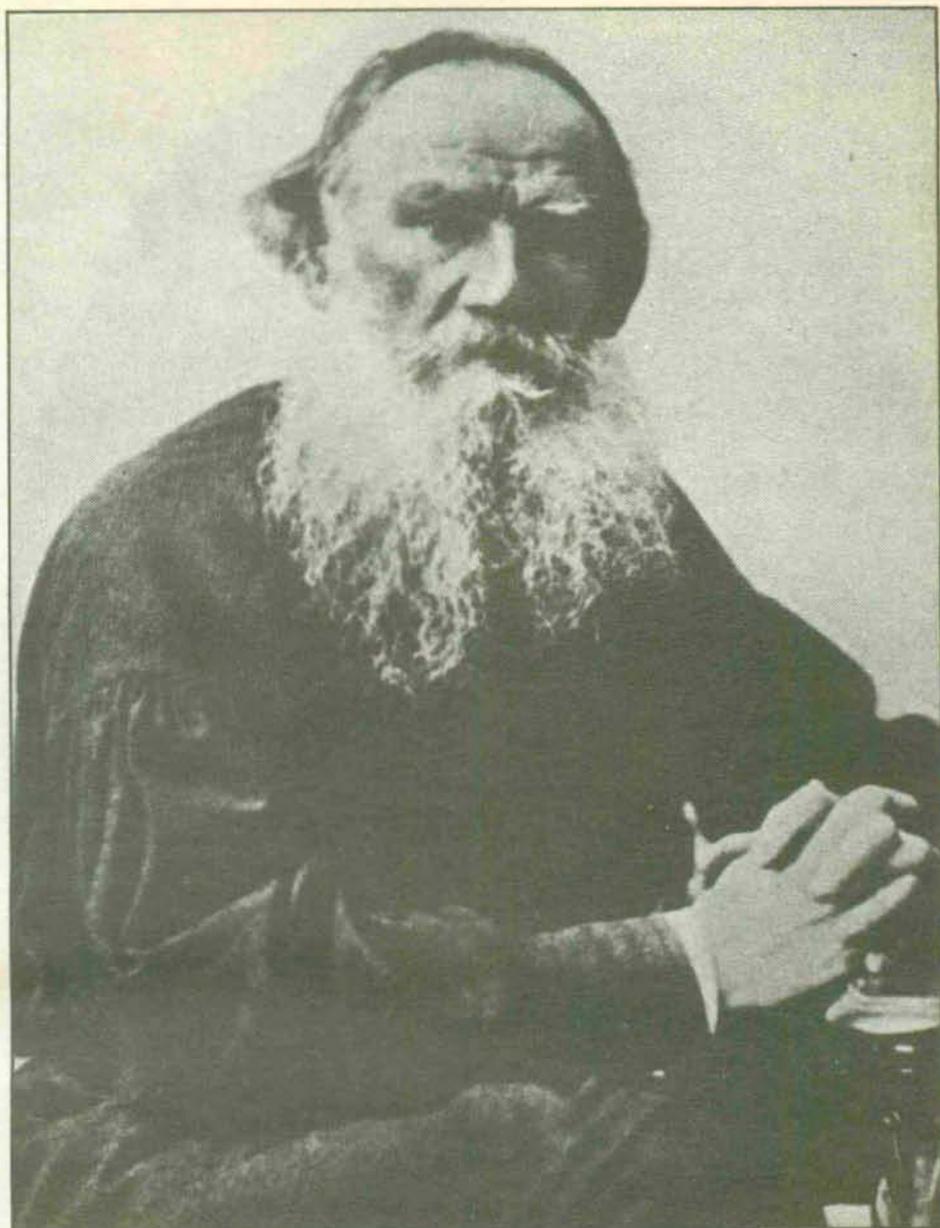
El segundo grupo viene compuesto por una amalgama de escritores que escogieron el camino del exilio, que para unos supuso la definitiva tranquilidad tras la tormenta de la revolución, y para otros menos afortunados la miserable vida del paria en tierra extranjera, experiencia que tan bien conocen tantos escritores que han sufrido las amarguras del exilio. Coordinando la acción propagandística antisoviética de los exiliados, y manteniendo una actuación que en muchas ocasiones aparece teñida de resentimiento, se presenta en Francia Bunin, que huye de su país con un prestigio literario intacto que le llevará incluso a alcanzar en 1933 las glorias del Nobel, el



Alejandro III, Zar de Rusia de 1881 a 1894.

primero de la serie de controvertidos galardones concedidos a escritores nacidos en Rusia, ya que han sido precisamente los escritores de este origen —Bunin, Pasternak, Sholokov, Solzenitskin— algunos de los Nobel cuyos méritos han sido más discutidos como base para la concesión del premio. Al lado de Bunin y en la placidez de su retiro francés, Merejkovski y su mujer, la poeta Zinaida Gippius, mantienen una postura violentamente anticomunista, que en cierto modo contrasta con la del nostálgico y crepuscular Artzibashev, que recuerda obsesivamente a la Rusia perdida ya sin remedio. Zaitsev, Chirikov —el antiguo fabulista alegórico—, Remizov y muchos otros, van a poblar también las sombras de la emigración.

Es precisamente la **emigración interior** la que agrupa a los verdaderos revolucionarios clásicos, los que durante años han luchado por un cambio y que han expuesto su libertad y su vida ante la policía zarista para denunciar la opresión por medio de manifestos directos o a través de la creación literaria, no por menos directa con descenso de efectividad, según se ha comprobado sobradamente. Es Korolenko, cuyo ideal humanitario le hace oponerse a los bolcheviques como se había opuesto al régimen caído; o Kuprin, el desvelador de tantas miserias ocultas bajo el falso brillo del zarismo. Es también Sologub, el lúgubre descriptor de la vida provinciana, cuya inspiración desaparece completamente tras los hechos revolucionarios que su liberalismo no puede aprobar. Estos y otros son los que van a soportar largos años de persecución y olvido por parte del régimen que en un primer momento pretende ganárselos a su causa, te-



León Tolstói, fotografía tomada hacia 1905.

niendo finalmente que abandonar el empeño ante la íntegra postura de los solicitados, que vivirán en plena oscuridad y hasta miseria, algunos de ellos después de haber regresado a su tierra rusa tras un corto exilio que les hubiera ofrecido siquiera una seguridad.

El centro de la literatura rusa, de los sucesores de la gran novela que había brillado ochenta años antes, ya no está en Rusia, sino en centros europeos como París y Berlín. Pero, aparte el caso de Bunin que mantiene su producción literaria durante muchos años, todos los demás escrito-

res, los exiliados y los que permanecen en el interior de Rusia, desaparecen de la escena literaria. La revolución ha matado a la literatura rusa para dar paso a la soviética, emparentada indudablemente con aquélla, pero diferente en la esencia. Un caso especialmente patético lo ofrece Leónidas Andreiev. El que fuera maestro del decadentismo trasladado a la prosa había llegado a ser, en los años anteriores a la revolución, un vigoroso defensor de las ideas izquierdistas, llegando incluso a idealizar los principios marxistas. Pero no tarda en desengañarse ante el



verdadero rostro de la revolución y, huido a Finlandia, muere literalmente de hambre en 1919, tras haber publicado su último libro, de título bien expresivo, **SOS**, en el que hace repetidas advertencias a los occidentales acerca de la verdadera naturaleza del bolchevismo, en aquellos momentos glorificado por tantos intelectuales europeos.

GORKI, UN CASO APARTE

El caso de Gorki, exponente en

una sola persona de todas las contradicciones sufridas por los novelistas anteriores, lleva hasta su máxima expresión la compleja lucha interna soportada por tantos intelectuales entre la teoría y la praxis revolucionaria, y se podría afirmar que es válido como caso-tipo para todo intelectual situado en circunstancias similares.

Sus antecedentes revolucionarios, puestos de manifiesto en toda ocasión y que le valieron el encierro y el exilio, parecen ser base suficiente para pensar en una total identifica-

ción con los postulados revolucionarios que intentaban cambiar la faz de Rusia. Gorki es, en los años que preceden a 1917, la figura fundamental de la izquierda dentro de la **intelligentsia**. Incluso penetra profundamente en la acción directa en multitud de ocasiones, bien personalmente o a través de sus escritos. Pero, sin embargo, no goza de la total confianza de Lenin, cabeza viviente de la revolución. Ambos se habían conocido en Londres, en mayo de 1907, durante la celebración del V Congreso del partido socialdemócrata, y se habían tratado con posterioridad lo suficiente como para que Lenin escribiese en 1916: «Gorki continúa falto de claridad política, se *abandona a sus sentimientos y a sus humores*». Pero, aparte de esta apreciación anterior a la revolución, será la política seguida por ésta con respecto a los miembros de la clase intelectual, duramente tratada por los bolcheviques, lo que enfrente de forma definitiva a Gorki con el partido en el poder. Las disensiones de Gorki con los bolcheviques y concretamente con Lenin van en aumento al expresar sus quejas ante el régimen de terror implantado en Rusia. Así, en el momento del cambio, la actitud de Gorki, en la que se miran muchos literatos indecisos, es de lo más ambiguo. A su primitivo amor por las clases populares, marginadas y oprimidas, sigue una toma de posición sorprendente en él, llegando a escribir en el mismo año de la revolución: «... desconfío de la razón de las masas en general, y de la masa campesina en particular. Como no ha sido organizada por una idea, la razón no puede intervenir de una manera creadora en su vida. La masa carece de idea directriz, puesto que no tiene conciencia

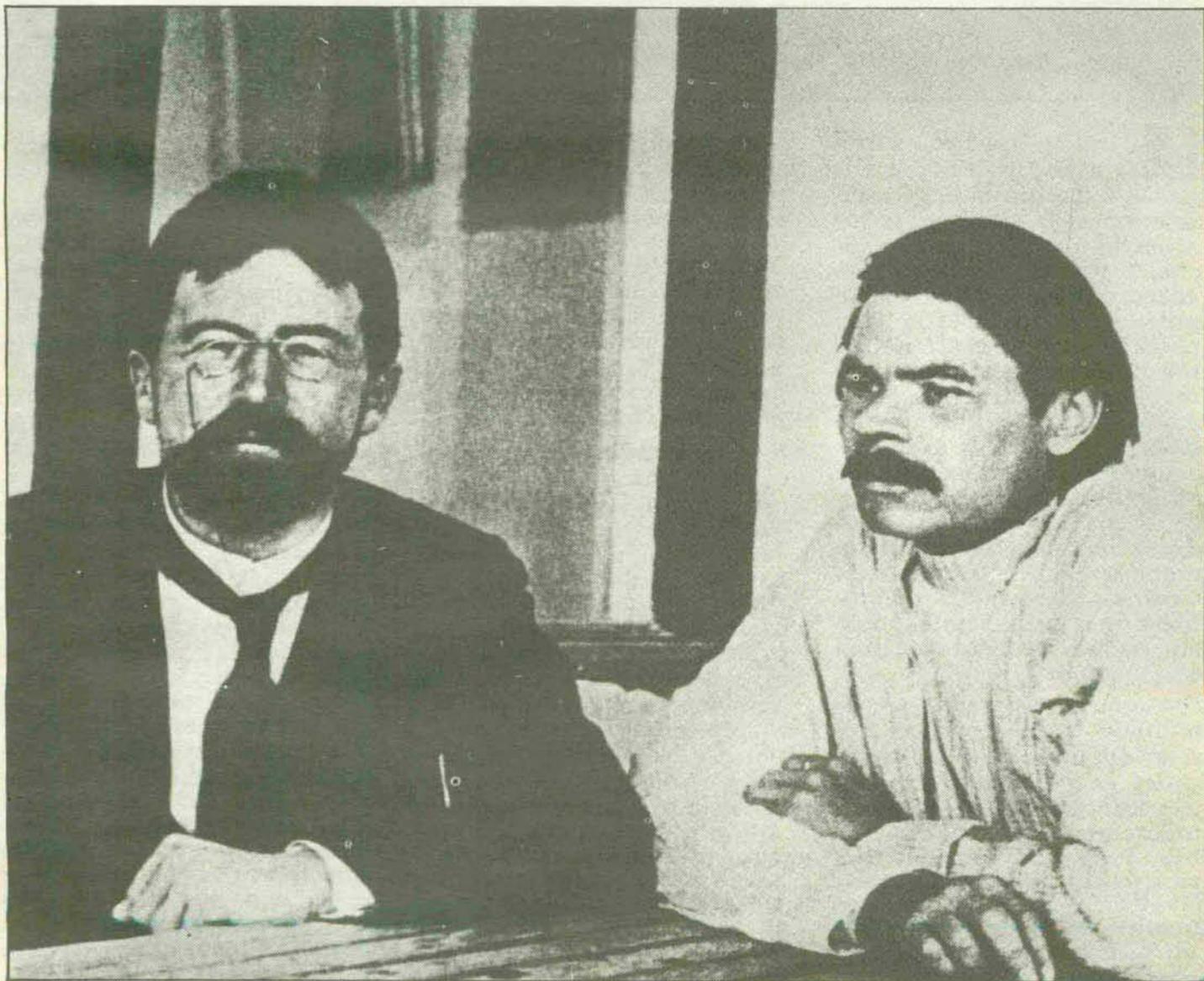
de la comunidad de intereses de todos sus componentes...». Esta cita por sí sola sirve para definir el cambio que había sufrido con los años y las circunstancias la ideología de Gorki, antiguo defensor apasionado de los humildes y los proscritos. A este cambio que le aparta de sus principios originales viene, pues, a unirse su decidida oposición a la actuación general del régimen soviético y a su política particular contra la clase ilustrada, a la que Gorki nunca dejará de considerar «el único caballo de tiro que puede ser enganchado al pesado carretón de la historia de Rusia», según su propia expresión. De una posición populista y, más tarde,

marxista, Gorki pasa a un elitismo que le lleva a apuntar la idea del dominio de la generalidad por parte de una minoría escogida.

Tras una serie de exilios más o menos voluntarios, de reconciliaciones con Lenin y Stalin y de acceso a los más altos cargos de la literatura oficial, incluso su muerte, producida en 1938 durante las terribles purgas estalinianas, no ha dejado de ser fuente de toda clase de conjeturas dado lo extraño del fallecimiento, cuyos verdaderos detalles no han sido todavía totalmente aclarados.

Ahora, cuando se acaban de cumplir las seis décadas de vida de la revolución soviéti-

ca, es posible hacer un balance sobre sus efectos entre los herederos de la gran época de la novela, tantas veces mitificada y cuyo paso por la historia de la literatura significó un brillo fugaz, que murió dejando una influencia posterior relativamente muy débil en comparación con su valor. Influencia que la literatura soviética ha sabido en muchos casos aprovechar en beneficio de la ilustración del pueblo ruso; pero que también en otras ocasiones, sobre todo cuando el comunismo soviético se convirtió en estalinismo, ha sido utilizada por una literatura oficial puesta al servicio de un régimen totalitario. ■ J. M. S. M.



Antón Chejov y Máximo Gorki, en Crimea, hacia 1900.